

El Absolutismo

El predominio francés

Como consecuencia de la decadencia española, Francia logró afirmarse en Europa y conquistar posteriormente el primer lugar con los reyes de la casa de Borbón: Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV.

Enrique IV (1598–1610)

Este monarca, famoso por su inteligencia y su bondad, se propuso reparar los males causados a Francia por cuarenta años de guerras civiles y mejorar la situación de los sectores más humildes de la población.

Para ello contó con la colaboración de su ministro y amigo, el duque de Sully. No obstante ser éste un calificado guerrero, fue el verdadero ministro de la paz.

Sully tenía competencia sobre la economía y las finanzas del estado. Fomentó la agricultura, abrió carreteras bordeadas de árboles, construyó puentes y estimuló varios proyectos para abrir canales que unieran los ríos naveables. Además aumentó la marina mercante y logró la firma de un tratado con Turquía, por el cual el comercio cristiano en Medio Oriente queda bajo la protección de Francia.

En mérito a una contabilidad exacta y rigurosa, aseguró la recaudación de impuestos, pagó gran parte de las deudas, logró rescatar considerables rentas y disminuir los tributos de los campesinos.

Para obtener nuevos recursos estableció un impuesto anual, mediante el cual los magistrados adquirían el derecho de transmitir a sus herederos los cargos que ejercían.

Enrique IV soñaba con llevar a la práctica un plan de reorganización de Europa que asegurase el equilibrio, de acuerdo con los intereses de los pueblos y los derechos de las nacionalidades. A tal efecto proyectaba la existencia de un consejo de delegados que se reuniera para impedir las guerras.

La obra de Enrique IV quedó interrumpida por su muerte acaecida en 1610 como consecuencia de un atentado realizado por un fanático llamado Ravaillac. A raíz de la muerte de este monarca los disturbios comenzaron. El hijo mayor de Enrique IV solo tenía nueve años. La regencia del reino, durante la menor edad del rey, pertenecía a la reina madre, María de Médecis, mujer supersticiosa y de muy limitado talento, que se dejaba dominar enteramente por una pareja de aventureros italianos, Leonora Dori, llamada Galigdi, y su marido Concini.

Los príncipes de la sangre y los grandes señores, irritados por el gobierno de ese extranjero de baja ralea, se sublevaron contra él. Concini, sólo atendió a comprar su sumisión, pagándoles enormes pensiones que agotaban el tesoro real.

En 1617, el joven rey Luis XIII cansado de la tutela de Concini hizo que su capitán de guardias le diera muerte, alejó a la reina madre y dio el poder a su halconero favorito de Luynes. Pero Luynes, como Concini, tenía particularmente avidez de honores y de dinero. Los disturbios y las asonadas continuaron. El rey no logró dominar una revuelta de los protestantes y hubo que pactar con ellos. En esa nueva guerra de religión murió Luynes (1621).

Richelieu Ministro

Al cabo de dos años de intrigas, en 1624, el cardenal Richelieu, que había sido hasta entonces el hombre de

confianza de la reina madre, consiguió formar parte del consejo del rey y llegar a ser bien pronto jefe del consejo, es decir el ministro director, cargo que debía conservar hasta su muerte, esto es, durante dieciocho años (1642). Luis XIII nunca le tuvo cariño, pero le juzgó por su valer y encontrando que era el único capaz de llevar por buen camino los negocios del estado, le mantuvo al lado suyo a pesar de su opuesta inclinación y contra la opinión de todo el mundo.

Richelieu tenía genio violento, brutal, autoritario; corazón duro e inaccesible a la piedad. Pero sus miras políticas eran claras y penetrantes, y su abnegación por el trono, absoluta. Para él, el rey era "la imagen viva de la divinidad, y la majestad real era la segunda después de la divina" De aquí que considerara que en el reino, todos, sin excepción debían obedecer al rey: "los hijos, hermanos y demás parientes del rey están sometidos a las leyes como los demás", escribía. En cambio tenía igualmente altísima idea de los deberes del trono: "los intereses públicos, escribía también, deben ser el único fin del príncipe y de sus consejeros."

La obra que Richelieu se propuso a realizar, la resumió más tarde él mismo en estos términos: "arruinar al partido hugonote, que compartía el estado con el rey; humillar el orgullo de los grandes, y reducir todos los súbditos a sus deberes, elevando el nombre del rey en las naciones extranjeras al puesto que debía ocupar". Los tres puntos de su programa: ruina del partido protestante, humillación y sumisión de la nobleza, y restablecimiento del poder exterior de Francia, fueron sucesivamente realizados.

Richelieu continuó la lucha contra los protestantes, atacándolos en el centro de su poder, que era la ciudad de La Rochela. Sitió la plaza y construyó un inmenso dique en el mar para impedir el paso de los barcos ingleses en el puerto.

Los hugonotes se vieron obligados a capitular y Richelieu, por la paz de Alais (1629), les dejó solamente la libertad de culto, privándolos de los demás privilegios que gozaban.

Duro para con los nobles, el gobierno de Richelieu no lo fue menos para con el pueblo, pues, a consecuencia de las continuas guerras, los impuestos habían llegado a ser insoportables. Los sufrimientos de la gente campesina fueron tales que hubo en varias regiones verdaderos levantamientos populares; pero la represión fue tan implacablemente rigurosa como la que empleó para las revueltas de los nobles.

La lucha contra los grandes fue más larga y duró hasta 1642, es decir hasta la víspera del fallecimiento del cardenal. Este tuvo que debatir conspiraciones dirigidas contra él y revueltas a mano armada.

De aquí que Richelieu muriese odiado de todos. Ahora bien como se comprendería más tarde que la miseria interior había sido como el rescate de las victorias de fuera, y se considerara que Richelieu había dado a Francia tres magníficas provincias, Rosellón, Artois y Alsacia, su política fue digna de admiración y lo llamaron el Gran Cardenal.

El porqué del Absolutismo

Luis XIII murió algunos meses después de su ministro (1643), dejando para sucederle a Luis XIV, que no tenía entonces cinco años. La regencia debía pertenecer a la reina madre, Ana de Austria. Dos días después de la muerte del rey, la regente designaba como jefe del consejo al cardenal Mazarino, principal agente de Richelieu, lo cual fue para muchos una amarga decisión y causó estupor universal, pues todos los enemigos de Richelieu, los príncipes de sangre y los grandes, contaban con una reacción a favor de ellos y se aprestaban a volver a ser los señores de antaño.

Giulio Mazarini o Mazarino, era un italiano de humilde cuna, a quien sus enemigos llamaban el Ruin de Sicilia. Pertenecía a la carrera diplomática, y en 1636 pasó del servicio del papa al del rey de Francia. Richelieu le había hecho alcanzar la dignidad de cardenal en 1642, y al morir lo recomendó a Luis XIII. Gracias a su inaudita buena suerte fue desde entonces dueño del reino de Francia, que gobernó hasta su

muerte (1661).

Mazarino difería profundamente de Richelieu. Era muy sencillo en sus costumbres; mientras que Richelieu vivía con muchísimo boato y cada vez que salía le formaban un séquito varios cientos de guardias mosqueteros y caballería ligera, Mazarino iba por las calles solo "con dos lacayuelos detrás de su carroza" Quien deseaba hablar con el podía hablarle. Era "amable y benigno" y saludaba a todo el mundo. No era vengativo ni violento, y jamás pensó en condenar a muerte a sus adversarios. Como Mazarino no se llevaba bien con los ministros y estos no le obedecían hizo estallar una guerra entre él y el estado.

La fronda

Las pretensiones del parlamento provocaron una guerra civil, que solo duró tres meses (enero – marzo de 1649), y no dio resultados. Pero el arresto del príncipe de Condé, en 1650, determinó una nueva era Fronda, que debía durar más de dos años.

Condé, vencedor en Rocroi y en Lens, tan orgulloso y arrogante como valiente, juzgaba que ninguna recompensa por grande que fuese equivalía a los servicios prestados por él, y aun cuando logró que le concedieran el gobierno de Borgoña y de Guyena, quería más aún, y deseaba reemplazar a Mazarino. Sus insolencias y pretensiones temerarias exasperaron a Ana de Austria, que hizo que lo arrestaran y pusieran en prisión (enero de 1650). La hermana y la esposa de Condé sublevaron inmediatamente las provincias que gobernaba el encarcelado, los parisienes se armaron a su vez, y el parlamento reclamó el destierro de Mazarino.

En vista de esa coalición de odios, Mazarino fingió ceder: puso a Condé en libertad y se refugió en Alemania. Pero como la arrogancia de Condé le hizo bien pronto odioso a los parisienes, y como, por otra parte, Ana de Austria no le daba la anhelada sucesión de Mazarino, Condé abandonó súbitamente a París y volvió a empezar la guerra civil, no sin haber firmado previamente, un tratado de alianza con España.

La confusión que entonces reinó en Francia era muy singular. Los parisienes están indispuestos con Condé, pero al mismo tiempo habían cerrado las puertas al joven rey Luis XIV, por odio a Mazarino, en efecto, éste acababa de entrar en Francia, y el parlamento había puesto a precio su cabeza.

El episodio principal de la guerra civil se desarrolló delante de París. Turená, a la cabeza del ejército real atacó a Condé en el burgo de San Antonio. Cogido entre Turená y la muralla de la ciudad Condé estaba perdido, cuando el cañón de la ciudadela de París, esto es, de la bastilla, se puso a hacer fuego contra el ejército del rey, al mismo tiempo que se habría la puerta llamada de San Antonio por ser la que permitía las comunicaciones con aquel burgo. Condé pudo refugiarse en la ciudad. En autor del lance tan inesperado fue la señorita Montpensier, la Grande Mademoiselle, prima hermana del rey, persona romántica que a la sazón había cumplido veinticinco años y pensaba prepararse de esa manera a desempeñar papel importante en el reino. (1º de Julio de 1652).

Condé permaneció tres meses en París, de donde, a la postre, se vio obligado a salir porque los parisienes, fatigados de aquel desbarajuste, se negaron a abastecer sus tropas. Abandonado de todos, huyó a los países bajos para unirse a los españoles con los cuales permaneció hasta la paz de los Pirineos, acontecimiento que le permitió, aunque a duras penas, obtener el perdón del rey y el permiso de volver a Francia.

La fuga de Condé puso fin a la guerra civil. A petición del parlamento, el joven rey, mayor de edad hacía un año, entró con su madre en la capital que lo aguardaba para vitorearle (21 de Octubre de 1652). Mazarino, para que los odios que inspiraba tuvieran tiempo de apaciguararse, no entró en París sino algunos meses más tarde (2 de Febrero de 1653) y los parisienes lo recibieron triunfalmente. Gobernó el reino durante ocho años "poderoso, según se decía como el padre eterno al principio del mundo"

Luis XIV

Luis XVI, al día siguiente de la muerte de Mazarino (1661), reunió a los secretarios de estado y les dijo: "Hasta ahora me a parecido bien dejar que gobernarán mis asuntos; en adelante yo seré mi primer ministro. Vosotros me ayudareis con sus consejos, cuando yo os los pida os ruego y os ordeno no disponer nada sin mis órdenes, ni firmar nunca sin mi consentimiento." En términos claros y simples Luis XIV manifestó de ese modo su voluntad de ser realmente el rey, es decir, el que gobierna. Entonces tenía 22 años, y debía morir a los setenta y siete. En ese espacio de cincuenta y cinco años (8 de Marzo de 1661 – 1º de Septiembre de 1715), la voluntad que declaró el 1º día no se desmintió un instante; jamás tuvo 1º ministro, y él fue constantemente el rey.

La difícil situación económica en que se encontraba Francia obligó al cardenal Mazarino a aplicar nuevos impuestos.

El parlamento protestó, en un momento en que el Parlamento Inglés daba el ejemplo al vencer a Carlos I.

Un grupo de jóvenes de la nobleza se pronunció por el Parlamento y tomó la ciudad de París con el apoyo de la población (1648–1649). Así comenzó una guerra civil conocida con el nombre de La Fronda (de fronde, honda, expresión peyorativa para descalificar la magnitud del movimiento).

La regente Ana de Austria, apoyada por Condé, aceptó la paz, que no fue más que una tregua. Sin embargo, poco después Mazarino ordenó encarcelar a Condé, lo cual provocó una nueva rebelión.

Luis XIV (1661–1715)

Después de la muerte de Mazarino (1661), Luis XIV asumió directamente la conducción del gobierno e inició, a los 23 años de edad, su "reinado personal", que alcanzó una duración de más de medio siglo.

La situación se presentaba difícil para el pleno ejercicio de su autoridad: el parlamento se hallaba disminuido por el fracaso de la rebelión: la nobleza, derrotada, era la expresión de un feudalismo decadente, y el pueblo, cansado de guerras, anhelaba fervientemente la paz.

Luis XIV ejerció el poder absoluto y consideró que su autoridad era de origen divino.

Retrato de Luis XIV

Luis XIV era de mediana estatura; pero se imponía a todos por la expresión aventajada y majestuosa, si ser arrogante, que tenían sus menores gestos y que, según el dicho del duque Saint-Simón, contemporáneo suyo, "en bata como en las fiestas, en el billar como al frente de sus tropas, la hacían parecer el dueño del mundo"

La vida y las ideas del Rey

Luis XIV, tenía pocas ideas que le fueran propias; sólo tenía una muy arraigada en la mente y que fue dominante en su vida. En su infancia le habían dicho que el rey era una divinidad visible, un semidiós. El primer modelo de escritura que le dieron para que copiara estaba concebido así: "Se debe homenaje a los Reyes, ellos hacen lo que les place." Estaba pues convencido de que él era un ser aparte, que tenía su corona por voluntad divina y que era por la gracia de aquel que él representaba en la tierra.

De esta idea, que casi todo el mundo admitía entonces, y Luis XIV deducía dos consecuencias. En primer lugar, como representante de Dios, debía ser dueño absoluto, disponer libremente de los bienes, de la persona y de la vida misma de sus súbditos, los cuales tenían el deber de obedecer "sin discernimiento". En segundo lugar, tenía la obligación de cumplir concienzudamente su oficio de Rey (la frase es de él). Debía, en fin,

trabajar y atender en todo al bien del estado.

La idea de que él era el representante de Dios, infundió a Luis XIV el más prodigioso orgullo. Tomó por emblema un Sol resplandeciente, y de aquí el sobrenombre de Rey del Sol. Sin temor del diablo, pretende Saint-Simón, se hubiera hecho adorar y no habrían faltado adoradores: los cortesanos se descubrían para atravesar su cámara vacía y, delante del lecho real o del cofre que contenía las toallas del rey, hacían una reverencia, como en la iglesia, delante del Tabernáculo. Organizó el culto de la majestad real, y cada uno de los actos ordinarios de su vida diaria, como levantarse, comer, pasearse, ir de caza, cenar y acostarse, llegó a ser un ejercicio del culto; una ceremonia pública cuyos pormenores estaban minuciosamente fijados por un reglamento: eso se llamaba "etiqueta".

Se levantaba a las ocho de la mañana, e inmediatamente los cortesanos eran introducidos en su cámara por series, que se llamaban entradas. A la hora de levantarse había seis entradas, al cabo de las cuales había por lo menos unas cien personas en la real cámara. Los más favorecidos eran admitidos desde el momento en que el rey salía de la cama y se ponía la bata o traje de mañana; los menos favorecidos no entraban sino cuando se había frotado las manos con una toalla en alcohol y acababa de vestirse. La etiqueta indicaba las personas que debían presentar las diferentes prendas de vestir.

Colbert

El más notable de los ministros que Luis XIV escogió en el pueblo fue Colbert, hijo de un pañero de Reims. Primero intendente de Mazarino, llegó a ser, a la muerte del cardenal, el hombre de confianza del rey. Entonces tenía cuarenta años.

Colbert, que le gustaba el trabajo con pasión, hubiera querido que todo el mundo trabajara en el reino. Cuando a las cinco y media de la mañana entraba a su despacho y lo veía lleno de papeles y expedientes, se frotaba las manos alegremente cual un gastrónomo delante de una mesa bien servida; no trabajaba menos de dieciséis horas por día; de aquí que pusiera mala cara a los solicitantes que iban a turnar su labor.

Lo apellidaban Norte, por la acogida glacial que dispensaba a todo el mundo. Como una señora cayera de rodillas para suplicarle que la escuchara, Colbert hizo otro tanto para responderle: "Os conjuro, señora, a que me dejéis en paz."

El trabajo de Colbert

La idea que inspiró todos los actos de Colbert puede resumirse así: hacer que Francia enriqueciera, asegurarle abundancia de dinero, impidiendo que el numerario saliese de su patria y atrayendo el que habías hecho en el extranjero; ello, para aumentar los recursos aplicables a la policía, para empobrecer los estados vecino, y consiguientemente, que Francia alcanzara el más alto grado de poder en el mundo.

Entre ese magnífico programa y los resultados, hubo una desproporción frecuentemente muy grande, y los fracasos de Colbert fueron numerosos. Así, por ejemplo: se esforzó en vano en reorganizar la hacienda y disminuir la carga de impuestos; las perpetuas guerras, las construcciones grandiosas y el boato de la corte acrecentaron desmesuradamente los gastos y agotaron el tesoro real. Verdad es que, por lo menos, Colbert consiguió hacer que Francia fuera una gran potencia industrial y comercial.

De la época de Colbert data realmente la gran industria francesa, que desde luego fue una industria de lujo. A costa de dinero y de concesiones y privilegios, Colbert atrajo a Francia muchos industriales y obreros extranjeros. El rey le adelantó los fondos para la edificación de establecimientos y para la compra de las materias primas. Los Gobelinos en París, Aubusson y Beauvais fabricaron admirables tapices; Lyon tejidos de seda y telas de oro incomparables; Sevres fabricó las porcelanas que se compraban antes en Sajonia; Saint-Gobain los espejos que enviaba Venecia; Alençon, Chantilly y el Havre, los encajes que iban a buscar a

Inglaterra, a Venecia, etc. "Lo más selecto en todas las partes del mundo se fabrica hoy en Francia, escribía un embajador veneciano, y tal es la boga de estos productos, que afluyen pedidos de todas partes para abastecerse de ellos."

Colbert tendió igualmente, por todos los medios, a desarrollar el comercio de Francia, el marítimo sobre todo, que en su concepto era el más fructuoso y por consiguiente el más importante, y al que los holandeses a la sazón, debían su fortuna. Fundó sucesivamente, a la imitación de lo que existía en Holanda, cinco compañías de comercio marítimo, verdaderas sociedades por acciones que, por lo demás, fracasaron. No obstante logró duplicar la flota mercante. Para proteger esa flota de comercio y asegurar las relaciones con las colonias, organizó una potente armada, que ya, en 1660, se componía de dieciocho malos barcos, y que, a la muerte de Colbert contaba doscientas setenta y seis unidades de combate: galeras empleadas solamente en el Mediterráneo, barcos de línea que llevaban hasta ciento veinte cañones, y fragatas ligeras análogas a los actuales cruceros rápidos.

Colbert murió en 1683, agotado por el trabajo. De todos los ministros de la monarquía francesa, fue el que obtuvo conocimientos más completos e inteligencia más original; de la acción que ejerció dependieron las consecuencias más durables, Más que ningún otro, fue el autor de la gloria de Luis XIV.

El absolutismo religioso

Luis XIV, como lo hiciera Felipe II en España, se propuso lograr la unidad del catolicismo en Francia, más como un objetivo de carácter político que religioso.

Para ello quiso obligar a los hugonotes a que se convirtieran; los hostilizó primero militarmente y luego revocó el edicto de Nantes (1685), obligándolos a lair del país.

Como consecuencia, cerca de 300.000 calvinistas emigraron a Holanda, Inglaterra y Prusia. Algunas provincias francesas perdieron la tercera parte de su población.

Esta medida disgustó a las potencias protestantes, que en 1686 renovaron en Augsburgo la Liga que los había unido anteriormente. A su frente se encontraba esta vez el emperador Leopoldo de Alemania.

El derecho divino de los reyes

Primera proposición: La autoridad del rey es sagrada:

Dios establece a los reyes, como sus ministros y gobiernan los pueblos por su intermedio.

Ya hemos visto que este poder viene de Dios.

El príncipe, agrega San Pablo, es ministro de Dios para el bien.

Si hacéis el mal, temblad porque no en vano él tiene la espada, y es el ministro de Dios vengador de las malas acciones.

Los príncipes obran como los ministros de Dios, sus lugartenientes sobre la tierra.

Es a través de ellos que ejerce su imperio.

Gobierna todos los pueblos y les da a todos sus reyes, aunque gobierna a Israel de una manera más particular y declarada.

Segunda proposición: la persona de los reyes es sagrada.

De todo esto se deduce que la persona de los reyes es sagrada y que es sacrilegio atentar en su contra.

Dios los ha ungido por sus profetas con unción sagrada, como hace ungir a los pontífices y a sus altares.

Pero aún sin la explicación externa de esta unción, son sagrados por su cargo, como representantes de la majestad divina, diputados de la Providencia para la ejecución de sus designios.

Tercera proposición: Debe obedecerse al príncipe por principio de religión y de conciencia.

Después de haber dicho San Pablo que el príncipe es ministro de Dios, concluye así: es por lo tanto necesario que os sometáis a él no solo por temer a su cólera, sino por la obligación de vuestra conciencia.

Por eso dice San Pablo: Someteos por el amor de Dios al orden que ha establecido entre los hombres; someteos al rey como aquel que tiene el poder supremo y a aquellos a quien él da su autoridad como sus enviados para exaltar las buenas acciones y castigar a las malas.

Aún cuando ellos no cumplieran del todo con este deber, es preciso respetar en ellos sus cargos y su ministerio. Obedeced a vuestros amos, no sólo a aquellos que son buenos y moderados, sino a aquellos que son odiosos e injustos

Dos años después de la muerte de Colbert, cuando Luis XIV, inflado de orgullo, no daba oídos a los consejos dictados por la moderación y la prudencia, se cometió uno de los actos más funestos del reinado: la revocación del edicto de Nantes.

Gracias a Enrique IV, desde el edicto de Nantes, Francia era el único estado donde cada uno podía orar según su conciencia, Richelieu y Mazarino habían mantenido y aplicado el edicto de manera escrupulosa. Luis XIV no siguió por desgracia el ejemplo de aquellos. Persuadido de que ocupaba el puesto de Dios, que era partícipe de sus designios, para lo cual el Espíritu Santo le hacía la merced de iluminarlo, no podía admitir que algunos de sus súbditos tuviesen creencias distintas a las suyas. Desde el principio de su reinado tuvo la firme voluntad de extirpar la herejía y hacer que entraran en el seno de la iglesia católica el millón y doscientos mil protestantes de su reino.

Al principio se limitó a perseguirlos solapadamente y dictar contra ellos algunas medidas vejatorias. Poco a poco les prohibió desempeñar los cargos públicos y ejercer profesiones liberales. Después se recurrió a todos los medios, aún los más odiosos, para obtener que se convirtieran: se creó una caja de conversiones para pagar primas a los convertidos. Un edicto autorizó la conversión de los niños protestantes, a pesar de sus padres, a partir de los siete años. Por último, para los que más reacios abrazaban el catolicismo, los obligaron a dar alojamiento a los dragones que estaban en guaranición, a quienes les fue permitido que cometieran toda clase de excesos, incluso el saqueo de las casas y la tortura de los moradores, cual si se tratara de un país enemigo y conquistado. Para escapar a los horrores de las dragonadas, los protestantes abjuraron por millares.

En 1685, Luis XIV creyendo que ya no quedaban en Francia sino algunos centenares de obstinados se decidió a firmar el edicto de revocación. Todos los templos debían destruirse, y los pastores debían abandonar el reino en términos de quince días, so pena de ser condenados a galeras. Los protestantes no convertidos todavía no debían ser objeto de extorsiones de ningún género; pero, no solo incurrián en la pena de galeras si trataban de emigrar, sino que sus hijos, además, serían educados en la religión católica. A partir de 1687, la emigración fue castigada con pena de muerte.

Los protestantes eran mucho más numerosos que lo que había supuesto el rey, y a pesar de la estricta vigilancia que hubo en las fronteras y en las costas, fueron millares los que partieron. Doscientos mil

probablemente o quizás más, renunciaron a todo, fortuna, hogar, patria y arriesgaron libertad y vida para salvar su Fe. Hombres capaces de semejantes sacrificios y energía eran la flor de aquellas religiones, cuya desaparición debilitó singularmente a Francia. Ellos fueron un elemento de fuerza y de prosperidad en los países que les dieron asilo: Inglaterra, Holanda y sobre todo el Brandeburgo, donde fueron a establecerse más de veinte mil: Berlín, su capital, futura metrópoli del reino de Prusia, cambió de tal manera, gracias a los emigrados franceses, que parecía fundada de nuevo; entre los oficiales del ejército prusiano se cuentan numerosos descendientes de aquellos emigrados.

El siglo de Luis XIV

El siglo XVII ha recibido el nombre de siglo de Luis XIV. Su figura dominó todo el panorama europeo e impuso su estilo.

Política exterior de Luis XIV

Durante el reinado personal de Luis XIV tuvieron lugar dos guerras, al cabo de las cuales Francia llegó a su apogeo en Europa.

Guerra de devolución

A la muerte de su suegro Felipe IV de España, Luis XIV reclamó a los Países Bajos españoles, invocando el derecho de devolución por la parte de la herencia que le correspondía a su esposa María Teresa.

Como su petición no fuera satisfecha, entró en Flandes y sometió a Lila (1667). Luego conquistó el Franco Condado (1668). Finalmente se detuvo ante el poder de la alianza concertada entre Holanda, Inglaterra y Suecia.

Por la paz de Aquisgrán (1668) conservó las principales conquistas en Flandes.

Guerra de Holanda

En 1672 Luis XIV invadió el territorio de Holanda con un ejército a las órdenes de Condé y Turenne. La operación era ya un éxito, cuando se produjo una revolución y los holandeses proclamaron estatúder (magistrado supremo) a Guillermo de Orange, quien ordenó abrir las esclusas e inundar todo el país, provocando la retirada de los franceses.

Luis XIV debió enfrentar entonces a las demás potencias que apoyaron a Holanda. Por segunda vez ocupó el Franco Condado (1674), pero sus enemigos se hicieron fuertes en el norte e invadieron la Alsacia, de donde fueron desalojados merced a los esfuerzos de Turenne, que pereció en la batalla de Salzbach.

En 1677 los franceses lograron tomar Valenciennes y Cambrai. Vencieron luego en Cassel y se apoderaron de Gante.

En estas condiciones, Luis XIV logró la unión de Estrasburgo, que había permanecido como ciudad libre en medio de Alsacia, que ya era francesa.

La unidad interna y el éxito de la política exterior configuraron un ambiente propicio para el desarrollo de las letras y las artes.

En su época se destacaron hombres ilustres como Descartes, que cultivó la filosofía; Moliere, admirable comediógrafo autor de *El Avaro*, Corneille, llamado el padre de la tragedia francesa; Racine, excelente autor trágico; La Fontaine, famoso fabulista; Bossuet y Fenelón, predicadores eminentes; y sobre todo Pascal,

verdadero genio, de profundo sentido cristiano.

En las artes sobresalieron los arquitectos Le Vaux y Mansard, que erigieron el Hotel de los Inválidos, para veteranos de la guerra, y el admirable palacio de Versalles; y los pintores Le Brun, artista de la corte; Le Poussin y Le Lorrain, autores de magníficos cuadros sobre temas históricos.

La corte se estableció con el palacio de Versalles, hecho construir por Luis XIII, próximo a París. Allí se instalaron un gran número de nobles que se dedicaron a una vida frívola dejando la conducción absoluta del estado a Luis XIV.

El fin del reino del Sol

Ese reinado tan glorioso terminó, como suelen terminar casi todos los reinados gloriosos, esto es con grandes reveses militares y con ruinas espantosas. La última guerra de la sucesión de España, fue casi un desastre continuo. La situación de hacienda había llegado a ser lamentable, pues los ingresos eran cada vez más inferiores y el déficit llegaba a setenta u ochenta millones de libras; asegúrese que la deuda pública montaba a casi tres millones de libras, casi unos 12 millones de francos. Por último, a consecuencia del irresistible peso de los impuestos, la miseria había llegado a ser casi general en todo el reino. Francia parecía completamente aniquilada.

Luis XIV, en sus postrimerías, se dio cuenta de que le cabía toda la responsabilidad de la ruina financiera de su pueblo, y, aunque demasiado tarde, se mostró arrepentido. La víspera de su muerte, después de haberle pedido perdón a sus cortesanos "por los malos ejemplos que le había dado" y dirigirles su último adiós, hizo que le llevaran al que iba a ser su sucesor, el futuro Luis XV, su nieto, que a la sazón tenía cinco años: "hijo mío, le dijo, vas a ser un gran rey; pero no me imites a mí en eso de edificar palacios y hacer la guerra. Procura aliviar a tu pueblo, ya que he tenido la desgracia de no haber podido hacerlo a tiempo."

Cuando la muerte de Luis XIV fue conocida, sus pueblos se "estremecieron de alegría" y, dice un contemporáneo, dieron "gracias a Dios por aquella redención" que deseaban tan ardientemente.

Luis XV

Luis XIV, que falleció en 1715, dejó como sucesor a su nieto Luis XV, que a la sazón contaba con cinco años de edad.

Durante la niñez del nuevo monarca, ejerció la regencia un sobrino del difunto rey, el Duque Felipe de Orléans, hombre hábil e inteligente pero de costumbres licenciosas.

A partir de ese momento, la frivolidad fue el aspecto más destacado la vida social de las altas esferas. El regente habitaba el "Palacio Royal" rodeado de aristócratas, mientras el niño rey crecía educado por las damas en las Tullerías.

En 1722 Luis XV fue declarado mayor de edad con sólo trece años. En ese momento se inicia el período de su gobierno personal, si bien es cierto que, durante el largo reinado de este monarca, Francia estuvo en manos de sus protegidos y favoritas.

En los últimos años de su gobierno, Luis XV era tan repudiado que no se atrevía a entrar en París; el pueblo hablaba de incendiar Versalles, donde residía el monarca.

Luis XV falleció en 1774, a los 64 años de edad, víctima de la viruela. Al término de su largo y nefasto reinado, Francia era un campo propicio para que fructificaran las semillas de la revolución.

Luis XVI, el fin del absolutismo

A Luis XV le sucede el trono de Francia Luis XVI, joven de veinte años de edad, nieto del anterior.

Cuando tenía dieciséis años lo casaron con la archiduquesa María Antonieta, hija de la emperatriz de Austria. Mujer frívola y caprichosa, procuró intervenir en los asuntos de gobierno y se opuso a todo intento de reformas.

Entre todos los problemas que Luis XVI heredó de sus antecesores, el más grave fue el económico. Ansioso por remediar la situación, el monarca confió la Inspección General de Hacienda al célebre economista Roberto Turgot, quien propugnaba un cambio total en la política económica.

Este solicitó al rey la reducción de los gastos, para sanear la economía sin necesidad de recurrir a impuestos ni empréstitos. Dejó sin efecto trabas aduaneras que impedían la comercialización de los cereales, disolvió las corporaciones o gremios que limitaban la libertad de trabajo. Además abolió la corvea real, disposición que obligaba a los campesinos a prestar servicios en obras del gobierno durante ciertos días del año sin remuneración.

En su lugar creó un impuesto llamada de subvención territorial, que debía ser abonado por todos los habitantes.

Las reformas de Turgot provocaron la indignación de los privilegiados temerosos de ser heridos en sus intereses.

Francia: el "Antiguo régimen"

Situación de Francia bajo Luis XVI:

En 1789, Francia era una de las primeras potencias de Europa. Desde 1774 reinaba Luis XVI, recibido con grandes esperanzas, después del gobierno despótico de su abuelo, Luis XV. En política exterior, su éxito en América, donde había apoyado la revolución norteamericana, continuó con un acercamiento hacia su antigua enemiga –Inglaterra–, país con el que firmó un tratado comercial en 1786. Sin embargo, estos acontecimientos no garantizaron al país un futuro promisorio. La situación social y económica motivaron, inevitablemente, la revolución de 1789. Después de la guerra de los Siete Años (1756–1763), la economía francesa había mejorado gracias al aumento del comercio y la producción de algunas manufacturas. Sin embargo, esta prosperidad solo beneficiaba a los más ricos; los salarios eran bajos y las cargas que pesaban sobre los campesinos, elevadas. La guerra con Inglaterra insumió enormes gastos y la situación del estado, agravada por los despilfarros de el rey y de la aristocracia, se hizo deficitaria. Una crisis en la producción agraria, iniciada en 1784, acentuó el malestar general, y gran parte de la población se visó en la miseria. Como simple ejemplo citemos un dato: en esta época, la ciudad de París tenía 650.000 habitantes; de ellos cerca de 1.200 eran indigentes. Luis XVI, incapaz de comprender la situación y amigo de las intrigas cortesanas, defendió los intereses de la aristocracia, que solo buscaba salvar su privilegio. Ni cedió en su poder absoluto ("es la esencia de mi reinado no ser intermediario sino estar a la cabeza", manifestó una vez.), ni realizó ninguna reforma; nuevos impuestos y empréstitos fueron las únicas medidas tomadas para solucionar la crisis.

El rey debió ceder ante la presión de los opositores, a cuyo frente se hallaba María Antonieta. Turgot fue destituido (1776) y sus reformas quedaron sin efectos.

Luis XVI confió la dirección de las finanzas al banquero ginebrino Jacobo Necker, quien, como su antecesor, era partidario de la reforma económica.

Sin embargo, Necker debió volver al ya utilizado sistema de los empréstitos y, aunque trató de legalizar el uso

de las finanzas con una especie de presupuesto, solo sirvió para irritar a la reina y debió retirarse (1785).

Sus sucesores continuaron empleando sin mayores variantes el mismo sistema

El Absolutismo político:

El estado francés estaba regido por una confusa administración. En ella se superponía las jurisdicciones reales, señoriales y religiosas cuya característica principal era la arbitrariedad y el despotismo. Una carta sellada emanada por la Corona, bastaba para encerrar a una persona por tiempo indeterminado, sin explicación o juicio alguno. La difusión de toda idea política o cultural opuesta al régimen era censurada y castigada. El poder, considerado de origen divino, residía exclusivamente en el rey y sus allegados.

Todo este conjunto de situaciones sociales y política era lo que durante la revolución se denominó "antiguo régimen".

Esa arbitrariedad permitía a la alta nobleza los más absurdos despilfarros en medio de la situación más crítica. Los hermanos de Luis XVI, los condes de Provenza y Artois, reconocían deudas millonarias. El rey, por su parte gastaba sumas enormes en regalos para su esposa, la princesa austriaca María Antonieta –apodada por el pueblo "Madame Déficit"– muy impopular entre la población.

Causas del estallido revolucionario de 1789

Una serie de factores, unos mediatos y profundos, otros inmediatos y circunstanciales, condujeron al proceso revolucionario.

El intento del absolutismo inglés

A partir de 1603 la dinastía de los Estuarts gobierna el rey Chake I y Charle I intentan establecer una monarquía absoluta de ley divina. El rey actúa por sí solo subiendo los impuestos y desobedeciendo a los parlamentarios.

Esto crea que en 1637 estalle una guerra. Escocia se subleva contra Carle I, revueltas estallan en algunas regiones en Irlanda, en 1641 y a Londres en 1642 en la guerra civil.

La guerra civil

Los caballeros partidarios del rey se oponen a los cabezas redondas partidarios del parlamento. Los cabezas redondas dirigidos por Olivier Combruel aplastan a las tropas reales en Naseby 1645. Charles I se escapa a Escocia y es capturado por los escoceses y es entregado al parlamento, en 1647 es decapitado, con este suceso se pone fin al régimen absolutista en el Reino Unido.

La Guerra

La guerra de los treinta años:

Con la guerra de los treinta años (1618–1648) se inician las grandes guerras europeas.

Las causas de esta guerra fueron:

- La negativa de los protestantes alemanes de observar una de las cláusulas de la paz de Augsburgo, la cual establecía que en caso de conversión de un dignatario eclesiástico no debían secularizarse los bienes de la iglesia.

- El avance del calvinismo en Alemania
- El intento de la casa de Austria de consolidar su poder en Alemania.